

San José, Costa Rica

5 de Octubre de 1918

# LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

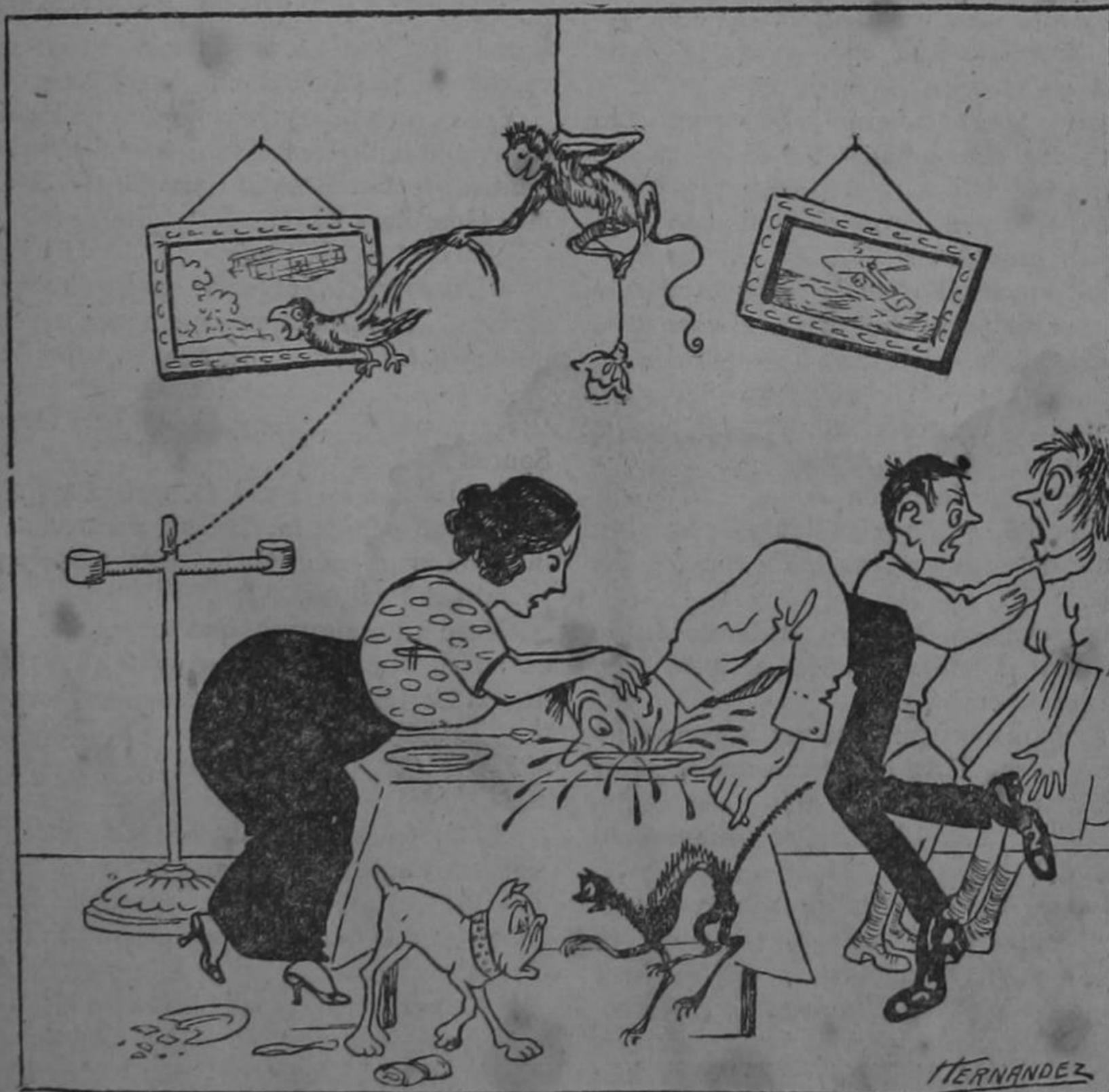
Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 3

Editores: FALCÓ & BORRASÉ

## Empleados cesantes



En algunos hogares estas han sido las consecuencias del recorte general en el Presupuesto.....

(Fotografía tomada durante un almuerzo el día 30 de Septiembre)

## Entrevista con el Lic. Aníbal Santos

Estuve a visitar al Licdo. don Aníbal Santos. Fuí en busca de un folleto que acaba de publicar con el título de «Cartas del tío al sobrino» escrito en lenguaje claro, sencillo y lleno de intención.

Toqué a la puerta de la oficina. Abrió. Me hizo entrar y tomar asiento.

Buscó el folleto y se inclinó a ponerle dedicatoria.

Era el momento de observarle.

Don Aníbal es un hombre de talla pequeña, apoplético, el ojo vivaz, la nariz aquilina y las cejas hirsutas.

Su cara y su cabeza forman un solo conjunto. Se confunden.

Pliega los labios con desdén y como lleva la barba y el bigote rasurados su continente es sacerdotal.

Hacia un ángulo de la sala estaba el bastón o cachiporra que usa y al cual debe gran parte de la celebridad de que disfruta. También disfruta de buena salud.

Escrita la dedicatoria, don Aníbal puso a secar la tinta.

El palique era inevitable.

Don Aníbal es lo que se llama un hombre distraído: de esos que suelen atropellar los tranvías.

No usa chaleco, ni reloj, ni leontina. Se abrocha mal el cuello y nunca se hace bien el nudo de la corbata.

—Pronto estará impreso mi segundo folleto, me dice. Tuve que reconstruirlo. Los primeros originales se quemaron en el incendio de la Casa Lines. Estoy editándolo en Nueva York.

Trato en esos folletos de salvar la verdad histórica. Aquí hasta la historia es convencional. A alguien se le ocurre decir un despropósito y nadie protesta. En Honduras, en El Salvador, en Guatemala los partidos políticos siempre en choque han logrado depurar los hechos. Si miente un conservador los liberales lo refutan... y viceversa.

Nosotros hacemos la historia en familia. Para uso interno. En torno de algunas figuras de nuestro país, ronda la fábula:

Juan Santamaría, por ejemplo, es un mito, una creación de aquel Obaldía que vendió a Panamá.

Luego vuelve a dirigirme la palabra.

—¿Ha ido usted a Cartago? ¿ha visto usted allí la estatua de don Jesús Jiménez? Don Jesús Jiménez tiene en la mano una espada rota, para indicar que acabó con el militarismo, y precisamente fué don Jesús el fundador, el organizador del militarismo. Le pusieron esa espada en la mano por haber echado del Poder a dos generales que se divertían en San José dando cuartelazos.

Yo digo en mis folletos lo que no ha dicho todavía ningún historiador. Analizo la vida política de don Braulio Carrillo, de don Tomás Guardia y de don Jesús Jiménez.

—¿Usted es nicaragüense?, don Aníbal.

—Yo soy tico, pero mi padre era de Nicaragua. Tendría a mucha honra ser nicaragüense. Los nicaragüenses son superiores a nosotros, intelectualmente.

Hago un signo negativo, pero el señor Santos replica:

Eso lo dije yo en el Congreso, y todavía no lo han olvidado. De esa afirmación mía hicieron arma en el Guanacaste para combatir mi candidatura.

Creen aquí algunos que ser nicaragüense es un delito: don Ascensión, el Presidente de la Corte, es uno de esos hombres que todo lo dicen, menos que él es de Nicaragua.

\* \* \*

Habla en seguida de los yanquis. Don Aníbal es anti intervencionista.

—En Costa Rica—dice—comenzó la conquista desde en tiempos de don Tomás Guardia.

Se le ocurre en seguida historiar el año 56.

—Aquí han hecho mucha alharaca con esa guerra. Es nuestro trapito de domin-guear, pero no hubo tal heroísmo, ni tal epopeya. Los filibusteros nunca llegaron a sumar 1500, y los atacaron los ejércitos coaligados de Centro América. Eramos tantos que con fusiles de chispa los hicimos salir del Tránsito.

Se refiere accidentalmente don Aníbal al Contrato Canalero.

—Es una vergüenza, un pacto mortal.

Disentimos, para recordarle que los liberales llamaron también a los yanquis en el 56. El Presidente Castellón....

—Castellón no, Fué Máximo Jerez que todo lo hacía y todo lo podía. Pero aquello fué un error de Jerez y su eterna mortificación. Al darse cuenta de las consecuencias de su yerro combatió a los filibusteros.

—¿Conoció Ud. a Jerez?

—Viví en casa de él. Mi padre, que era calandracca fué su compañero de aventuras. A Costa Rica le dejó el Registro Hipotecario, uno de los mejor organizados de América. En ese entonces dirigía un colegio particular que instaló en la casa en que está ahora el depósito de materiales de Jaime Carranza.

Después de una pausa, dice:

A Jerez lo absolvió la Historia: a los conservadores de hoy la Historia no los absolverá.

—He leído por ahí la noticia de que Jerez

sostuvo en el Liceo una polémica con don Lorenzo Montúfar. ¿Es cierto eso?

—Polémica no. Máximo Jerez no era polemista. Cree usted que porque andaba en revoluciones debió ser un hombre fogoso. Nada de eso: Jerez era un hombre tranquilo. Guerreó mucho, pero no era militar.

Cuando peleó de veras fué en el 56, en las Cuatro Esquinas de Rivas. Allí lo hirieron. Una bala yanqui, dirigida desde la torre del templo de San Francisco, le atravesó la mejilla y le rebotó en el pecho. Debe tener esa cicatriz el mármol que le han erigido en León...

—Conozco la estatua, obsequio del Doctor Marco Aurelio Soto, pero no tiene nada en la mejilla.

—De seguro que el escultor era un bárbaro. No sabía Historia: ignoraba que ese balazo era una reivindicación.

Don Aníbal pliega los labios con desdén y se queda pensativo, repitiendo entre dientes: Ese escultor era un bárbaro.... Debió haberle dejado el refilón en la mejilla....

VINICIO TORRES

## Los Cuentos de mi tía Panchita

### La Cucarachita Mandinga

Había una vez una cucarachita mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco.

Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

—Si compro un cinco de colorete? No, porque no me luce (1). Si compro un sombrero? No, porque no me luce. Si compro unos aretes? No, porque no me luchen. Si compro un cinco de cintas? Sí, porque sí me luchen.

Y se fué para las tiendas y compró un cinco de cintas, se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fué a pasear a la Calle de la Estación. Allí se sentó en los poyos.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo: «Cucarachita Mandinga, te querés casar conmigo?»

Lau Ccarachita le contestó:—«Y cómo hacés de noche?»

(1) No me luce,

—Mu... mu...

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutas (2).

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

—Y cómo haces de noche?—preguntó la cucarachita.

—Guau..., guau...

—No, porque me chutas.

Pasó un gato:—«Cucarachita Mandinga, te querés casar conmigo?»

—Y cómo hacés de noche?

—Miau... miau...

—No, porque me chutas.

Pasó un gallo:—«Cucarachita Mandinga, te querés casar conmigo?»

Y cómo hacés de noche?

—Qui qui ri qui!...

—No, porque me chutas.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo, parecía un figurín: leva, tirolé y bastón.

(2) No, porque me asustás,

Se acercó a la Cucarachita y le dijo:—  
«Cucarachita Mandinga, te querés casar con-  
migo?»

Y cómo hacés de noche?

—Y, i, iii...

A la Cucarachita le agradó aquel ruidito,  
se levantó de su asiento y se fueron de bra-  
cete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la cucarachita que era  
una mujer de su casa, estaba arriba desde  
que comenzaron las claras del día, ponién-  
dolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una  
gran olla de arroz con leche, cogió dos ti-  
najas que colocó una sobre la cabeza y otra  
en el cuadril y se fué por agua.

Antes de salir dijo a su marido:—Véame  
el fuego y cuidadito con golosear en esa olla  
de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ra-  
tón Pérez le pasó el picaporte a la puerta  
y se fué a curiosear en la olla. Metió una  
manilla y la sacó al punto:—¡Carachas! ¡Que  
me quemo! Metió la otra:—¡Carachas! ¡Que  
me quemo! Metió una pata:—¡Carachas! ¡Que  
me quemo! Metió la otra pata y salió bai-  
lando del dolor:—Demontres de arroz con le-  
che, para estar pelando! Pero como eran mu-  
chas las ganas de golosear, acercó un banco  
al fuego y se subió a él, para mirar dentro  
de la olla.

El arroz estaba hierva que hierva y como  
la cucarachita le había puesto queso en pol-  
vo y unas astillitas de canela, salía un olor  
que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó  
para meter las narices entre aquel vaho que  
olía a gloria. Pero el pobre se resbaló... y  
cayó entre la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la  
puerta atrancada. Tuvo que irle a hablar a  
un vecino carpintero para que viniera a abri-  
le la puerta. Cuando entró, el corazón le avi-  
saba que había pasado una desgracia. Se pu-  
so a buscar a su marido por todos los rin-  
cones. Le dieron ganas de asomarse a la  
olla de arroz con leche... y ¡va viendo!... a  
su esposo bailando en aquel caldo!

La pobre se puso como loca y daba unos  
gritos que se oían a una cuadra. Todos los  
vecinos la consideraban, sobre todo al pensar  
que estaba tan recién casada. Mandó a traer  
un buen ataúd, metió dentro de él al difunto

y lo colocó en media sala. Ella se sentó a  
llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—Cucarachita Mandinga,  
¿por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

—Porque Ratón Pérez  
se cayó entre la olla,  
y la Cucarachita Mandinga  
lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita  
me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar, que al ver-  
la sin una alita le preguntó:—Palomita, por  
qué te cortaste una alita?

—Porque Ratón Pérez  
se cayó entre la olla,  
y la Cucarachita Mandinga  
lo gime y lo llora....

Y yo por ser palomita  
me corté una alita.

Entonces el palomar dijo:

—Pues yo por ser palomar  
me quitaré el alar.

Pasó la reina y le preguntó:

—Palomar, ¿por qué te quitaste tu alar?

—Porque Ratón Pérez  
se cayó entre la olla  
y la Cucarachita Mandinga  
lo gime y lo llora....

Y la palomita se cortó una alita....

Y yo por ser palomar  
me quité mi alar.

La reina dijo:

—Pues yo por ser reina,  
me cortaré una pierna.

Llegó la reina renqueando donde el rey  
que le preguntó:

—Reina, por qué te cortaste una pierna?

—Porque Ratón Pérez  
se cayó entre la olla  
y la Cucarachita Mandinga  
lo gime y lo llora.....

Y la palomita  
se cortó una alita,  
el palomar

se quitó su alar,  
y yo por ser reina  
me corté una pierna

El rey dijo:

—Pues yo por ser rey,  
me quitaré mi corona.

Pasó el rey sin corona por donde el río que le preguntó:

—Rey, por qué vas sin corona?

—Porque Ratón Pérez se cayó entre la olla y la Cucarachita Mandinga lo gime y lo llora....

Y la palomita se cortó una alita, el palomar se quitó su alar, la reina se cortó una pierna, y yo por ser rey me quité la corona.

El río dijo:

Pues yo por ser río me tiraré a secar...

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco le preguntaron:

—Río por qué estás seco?

—Porque Ratón Pérez se cayó entre la olla y la Cucarachita Mandinga lo gime y lo llora...

Y la palomita se cortó una alita, el palomar se quitó su alar, la reina se cortó una pierna, el rey se quitó su corona.... Y yo por ser río me tiré a secar....

Pues nosotras por ser negras, quebraremos los cántaros.

Pasaba un viejito quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

—Por qué quebráis los cántaros?

—Por qué Ratón Pérez se cayó entre la olla y la Cucarachita Mandinga lo gime y lo llora....

Y la palomita se cortó una alita el palomar se quitó su alar, la reina se cortó una pierna, el rey se quitó la corona, el río se tiró a secar

y nosotras por ser negras quebramos los cántaros...

Pues yo por ser viejito me degollaré.

Y se degolló.

\*\*\*

Entre tanto llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumbo e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd tocando. Los violines y violones decían:

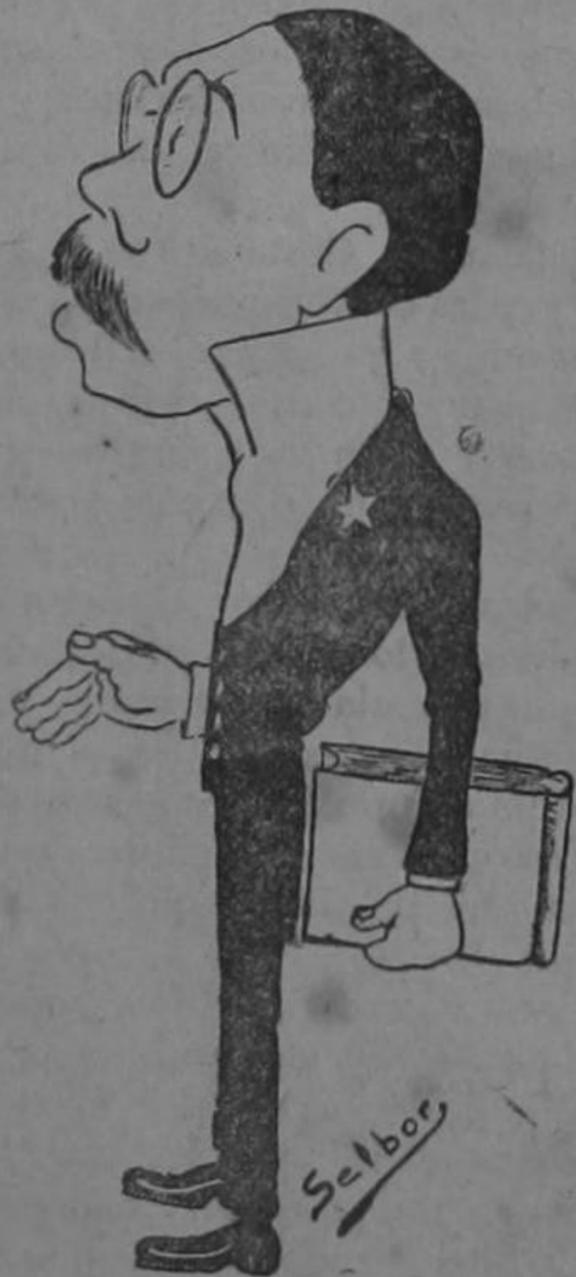
Por jartón (1), por jartón, por jartón se cayó entre la olla!

Y me meto por un huequito y me salgo por otro para que Uds. me cuenten otro.

CARMEN LIRA

(1) Hartón, por glotón.

## LOS DIOSES SE VAN



Marcha al fin don Roberto,  
el de las canabinas y de la luz Febea,  
no giraba en sus órbitas, era un planeta muerto,  
y alumbrado por uua sola *estrea*.

## Esto y aquello

Del lado de Honduras se oye ruido de armas y galopar de corceles.

Parece que tornáramos a aquella edad casi mitológica cuando los caballeros andantes de la Federación combatían al error en las encrucijadas y la Tradición lamía los pies de los viajeros como antaño las bestias fabulosas el traje de los anacoretas.

Todavía aparece en el horizonte Trinidad Cabañas fatigando los ijares de su Rocinante.

Rendimos culto a la idea de Francisco Morazán, creemos necesaria la reconstrucción de la antigua patria, pero disentimos en cuanto a una razón invocada por los paladines unionistas: la de que son idénticas las cinco secciones del Istmo.

Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua son pueblos afines, pero Costa Rica se halla en plano distinto.

La diferencia es étnica, de raza, es decir trascendental.

Hace falta en Costa Rica el factor indígena y para convencernos de esto bastaría observar que en este suelo los dos grupos de aborígenes que todavía subsisten—el de los talamanca y el de los guatuzos—próximos a desaparecer—no conviven con el resto del país.

Esas dos familias son el detrito de una raza que no pudo cumplir su destino.

La gran mayoría costarricense constituye un conglomerado exótico en el que prevalece el tipo europeo, lo contrario de lo que ocurre en el resto de Centro América en donde no ha perdido su preponderancia el factor indígena.

En Costa Rica ni las tribus autóctonas ni los conquistadores lograron tener profundo arraigo: de haberse verificado el cruzamiento de raza como en las otras secciones del Istmo se hubiera cumplido la ley biológica inmutable que dice: cuando una raza que no aporta mujeres (el caso de los españoles) se junta con otra que sí las aporta en el tipo nuevo que producen tienden a prevalecer los rasgos físicos, morales e intelectuales de la hembra.

Aquí no se ha cumplido semejante ley y

desde luego podemos afirmar que circunstancias especiales (la falta de medios de subsistencia, etc.), estorbaron la realización del fenómeno.

Fueron tan desfavorables las condiciones en que se verificó el hecho histórico, que bastó el ferrocarril del Atlántico, construido hace más de cincuenta años, para que se formara el conglomerado exótico de que hablamos y se alzara preponderante el tipo europeo.

Otro fué el destino de la raza indígena en las demás repúblicas centroamericanas, las cuales han carecido de medios de comunicación por el lado del Atlántico y tienen todas sus principales ciudades en la costa del Pacífico, sirviéndoles de Muralla de la China la cordillera de los Andes (1).

No tuvieron gran arraigo en Costa Rica las tribus indígenas, ni lo tuvo tampoco el colonizador.

No existen aquí ruinas como las de Copan y de Quiriguá, ni adoratorios como en el Petén. No existen tampoco esos grandes templos católicos que erigió la fe de los españoles.

Era tal la pobreza de este lugar que hasta muy tarde logró su independencia civil y religiosa (dentro del coloniaje), y pasaban siglos sin que hiciera el Obispo de Nicaragua una visita a Cartago abscrita a su jurisdicción.

De la semi-cultura indígena es poco lo que existe. Fuera de los trabajos de alfarería de los nicoyanos, de las figuras de piedra del Guayabo, en donde se encontró además la que mesaservía para los sacrificios, del famoso Monolito de San Isidro en que según algunos arqueólogos se hace referencia al culto del maíz y a un no lejano cataclismo, lo demás no tiene gran importancia para el investigador, pues otros vestigios antiguos notables, se remontan a

(1) El historiador don Tomás Ayón lamenta por éste motivo la muerte de Diego de Nicuesa que no logró colonizar Castilla del Oro. El Salvador no tiene siquiera puerto en el Atlántico y los de Nicaragua y Honduras son más bien embarcaderos de bananos.

una época imposible de precisar tales como el culto fálico, las primorosas piedras azules que muchos suponen procedentes de la China, negando que aquí se conociera la glíptica y los restos de la gran calzada descubierta en jurisdicción de San Ramón y que formaron parte de la red de caminos que cruzaban al Istmo.

En este particular se ha llegado hasta suponer que habitaban cerca de San Ramón descendientes de la Atlántida, de las tribus de aztlán cuyas últimas familias penetraron a México por el Norte en el siglo XII, atravesando los hoy Estados de Sinaloa, Jalisco, Zacatecas y Michuacan y llegando a Tula en 1196.

Este punto de nuestra historia parece que lo han profundizado los teosofistas.

Las más valiosas religiones históricas de la época cercana a la conquista son las de la isla de Chira, pero hay razones para no tomarlas en cuenta porque en un tiempo esos lugares fueron feudos de los jefes que dominaban el territorio de Nicaragua, después de la gran guerra en que estas tribus y las de aquellas comarcas se disputaron la posesión del río San Juan.

#### LEONARDO MONTALBÁN

Existe un monolito encontrado en Liberia a la margen izquierda del río Colorado en el que se hace referencia a una guerra entre mangues y chorotegas. En el dibujo se descubre el fuerte y real de uno de los caciques; los dos jefes están al lado izquierdo siendo uno poseedor del río San Juan, en el centro dos lagos (el de Xolotlán y el Cocibolca, unidos por el río Tipitapa, el gran río (el San Juan) desprendiéndose del mayor de los lagos y por fin a la derecha el jefe del río, viniendo al otro y sentando su bandera en los dominios del vencido.



#### Los jóvenes

## El paje de Charny

Aquel divino tiempo azul, cuando bajo las frondas, cerca de las fuentes del eterno susurro, los cortesanos decían lindas intrigas o historias picarescas a las princesas hechas pastoras que, en juego divino, encintaban de azul blancas ovejas.

El ambiente es cortesano y magnífico: los salones amplios, pomposos y alfombrados para que se ahogue el ruido de las pisadas; profusión de muebles brillantes de talladura exquisita; las cortinas pesadas, recogidas con la gracia de una falda femenina, por cordones de seda verdeoscura con borlas de oro, o por abiertas garras de águila; espléndidas lunas de Venecia en los armarios de arcones de doble fondo que guardan la escala de seda, cómplice de la cita romántica, allá en las horas calladas de la noche, a la luz de las estrellas que fingen margaritas de plata azulosa; y la seda de los blándos cojines donde la media luz se quiebra en tornasoles; los biombos venidos de la China, seda y marfil, en cuya tela hay bordada una cigüeña en la actitud de la meditación, parada sobre una pata color de rosa, junto a un riachuelo que discurre entre arrozales, o más bien, en campos donde los crisantemos abren sus grandes flores de ensueño, como estrellas misteriosas de un perdido jardín oriental; y los jarrones de Sévres, y los búcaros primorosos donde musitan las lilas y las rosas, y las copas de vidrio talladas en Baccarat, las grandes arañas colgantes en cuyos prismas triangulares las luces innumerables hacen fiesta de policromía, la cenefa caprichosa que orla los muros, y el gran cuadro venido de Italia, prisionero en marco dorado, donde las madonas tienen caras de vírgenes y cuerpos tentadores y fecundos como las diosas olímpicas; y los otros cuadros, vivos y grisáceos de la escuela de Holanda; o los traídos de España, donde hay meninas y guerreros, y más allá el mármol, inmortalizando la belleza, el tirador del disco o la danzarina de Tanagra, el mercurio que emprende el vuelo o la esfinge, retrato de mujer, con su sonrisa enigmática y sus garras de leona; sobre los clavicordios abiertos hay partituras de minuetos o de pavanas; en una me-

sita quedó olvidado el álbum riquísimo, las tapas de terciopelo violeta recamadas de oro, en las páginas, versos de Ronsard o de Saint-Agnan, y de otros cortesanos que en ratos de ensueño y ocio, se dieron a componer madrigales y a escribir rondeles.

Toda una feérica decoración de Bellve, hecha como para distraer el real aburrimiento de Luis Treceno, hastiado y roído por cruel neurastenia. Todo un proscenio de dicha: el rincón claroscuro propicio a la cita furtiva; la mujer, heroína de galantes intrigas, rubia como la blonda de Paul Chabas, de pies diminutos calzados con doradas chinelas, amplía la falda para más parecer mariposa; mujer tal que ha de sonrojarse ante la petición de un beso hecha por su adorador, sin perjuicio de que a solas, en el recogimiento de su alcobá—nido de perfumes y joyita de elegancia— se impacienta por saber cómo concluye el pasaje de un cuento picaresco que le narra Boccaccio; tiemblan como palomas heridas, sus dos manecitas blancas, prisioneras entre las de su rendido galán, aquellas manecitas cuyos dedos finos han voltejeado impacientes las páginas del Decamerón, y han sentido el beso fogoso del abate libertino que le dice versos y le perdona los pecados, y tiene tan finos los labios.

Y aquella decoración que parece ideada por una Pompadour ganosa de alejar los pesares de su real amante, es el campo del paje risueño y burlón, que oculto tras un mármol, disimulado por un cortinaje, metido bajo la cama de una princesa, sorprende muchos besos, más infidelidades, y por millares los secretos. El muy astuto ha conseguido enterarse de todo: Friné no tiene los labios rojos; el carmín encendido de su boca está dentro de un pomo de oro y ella se lo pone frente a un gran espejo biselado; Rosalinda, la duquesa bella que lleva siempre detrás, como una estela luminosa, toda una corte de admiradores, se entrega en cuerpo y alma a un vizconde galante y decididor, mientras su marido cabalga a la par del Rey, afanándose en las expediciones cinegéticas; y ella, al verse descubierta, paga su silencio al paje de Charny, que es hermoso y hábil en decires y cortesanas; la paga es por la noche, cuando la duquesa se retira de la alegre velada, pretestando un dolor en el pecho, y se realiza en moneda de besos; la Reina oye con placer, teniendo entornados los ojos y temblorosos los

labios, la charla amena, matizada de equívocos del joven Embajador, en tanto que el Rey requiebra de amores, puesta de rodillas toda su real majestad, a Margarita, sorda a sus quejas.

El paje, el viejo paje de Charny, cree que no peca refiriendo los detalles de todas aquellas cosas, de aquella vida cortesana vivida por las libertinas y hermosas pecadoras de Versalles y del Trianon; y cuando los años vienen a recordarle que ya la muerte se acerca, toma la pluma con sus manos suaves que antaño estrecharan, en los camarines y bajo las frondas, talles de lindas y encumbradas damas; se quita el gracioso birretillo de encarnada pluma, que ahora aprisiona guedejas de plata que fueran áureas en el tiempo azul de sus mocedades, y, encorvado sobre el papel escribe sus memorias y teje un envío, con su prosa sutil y cortesana, aprendida en Ronsard o en Pellison: «Fué en aquel tiempo, mi hermosa Dama, del buen Luis XV, Rey de Francia por la Gracia del Señor....»—J. VARGAS-COTO.

### En su abanico

Vuela la abeja afanosa  
en busca de algún clavel,  
que le disipe la hiel  
de su vida fatigosa;  
y anhela mi alma amorosa  
beber en tus labios bellos  
los aromosos destellos,  
que escapan con tu sonrisa  
tan suave como la brisa,  
para embriagarse con ellos.

RODOLFO CASTAING

### A una triste

Fué el pájaro ilusión mi so'a egida  
contra el propio dolor y el propio orgullo:  
todo lo que la envidia creía suyo  
lo laceró la torpe acometida.

Hoy, bajo un nuevo sol, con otra vida,  
de cada vieja raíz se alza un capullo,  
y restaño del pájaro la herida  
con unas hebras del cabello tuyo.

Retornaré a mis predios: a la villa  
en donde el vino añejo se consume  
y en donde el hacha deja al descubierto  
la iglesia parroquial blanca y sencilla.  
Ven y hallarás más luz y más perfume  
en esta nueva floración del huerto!

BENJAMÍN ITASPES

## La captura de los jugadores



UN GENDARME: Hasta coroneles y capitanes salen juyendo de nosotros, ínfimos polecías.... (Risas en el número cien).

## Página poética

### Una muerta

A la amada memoria de doña DOLORES HINESTROZA, en el día de difuntos, hoy que, en el glorioso Paraíso, goza de la paz y luz eternas, en la pléyade de los bienaventurados, junto con sus hermanas en el amor y en el dolor. SICUT ERAT IN PRINCIPIO, ET SEMPER, ET IN SÆCULA SÆCULORUM. AMEN.

Señor: tú la llamaste y ella voló a tu lado, dejándome en la tierra. ¿Mi espíritu has mirado? No es jardín—florecedo de azules ilusiones—sino que inmunda cueva de arañas, escorpiones y vivoras. Un pozo, de horror y de amargura, en que está con cadena la trágica locura.

La copa de mi vida, donde escanciaba mieles, llena está hasta los bordes de ponzoñosas hieles, más álgidas que aquella bebida ignominiosa que recoció tu lengua en la cruz afrentosa.

No bañaron mis lágrimas sus gélidos despojos; porque cegó la angustia los cauces de mis ojos, pero—como una vena por la cuchilla rota—mi corazón sangraba sin tregua, gota a gota, cual tu divina frente en el pavor del huerto, sobre los restos frios de todo un mundo muerto.

Mas aquel dolor hondo, siniestramente mudo, estranguló mi cuello con serpentino nudo; dejó en mi faz adusta su corrosiva huella; amontonó una noche glacial sobre mi estrella; azuzó mis pasiones más terribles e insanas, y pobló mi cabeza de prematuras canas.

Tú—que de todos miras el anverso y reverso—que regulas la máquina que mueve el Universo; que sabes, omnisciente y enorme taumaturgo, por qué el dragón se arrastra, por qué vuela el (simurgo; por qué el sonido ondula; por qué la chispa quema, por qué el retoño nace, por qué fulge la gema; por qué se hermanan siempre, en un igual destino, la leche con el llanto y el agua con el vino; dime: si fué en la tierra también tu preferida, ¿por qué la flor segaste de su apacible vida? dejando que un enjambre de lividos gusanos, hirviera en sus mejillas, sus senos y sus manos?

Su cabellera undívaga fué una noche fragante: su frente, como el arco de la luna menguante. Dos iris tenebrosos fueron sus grandes cejas; dos albos y odoríferos jazminez sus orejas. Sus pestañas, segmentos del óvalo radiado que exorna las imágenes en el vitral sagrado.

Su mirada, solemne tristeza vespertina;  
 sus párpados, dos hostias de inmaculada harina.  
 Los orbes de sus ojos, ópalos tornasoles  
 con amatistas trémulas en un fondo de soles.  
 Su nariz, noble y firme, como una intención buena;  
 su mejilla—de cera mística—luna llena.  
 Su boca, para mi alma sedienta de ternura,  
 un pozo de aguas vivas de perennial frescura.  
 Su cuello—que tenía la candidez del cirio  
 y del lino litúrgico—como un excelso lirio.  
 Sus senos eran como manzanas odorosas  
 cual racimos opimos de viñas deleitosas.  
 Sus manos hechas para cortar en los jardines  
 cerúleos, rosas áureas y argentinos jazminez.  
 En su regazo pudo reclinar su cabeza  
 un dios, agonizante de amor y de tristeza;  
 y, como el arcángel de las anunciaciones,  
 era su pie de jaspe. Los buenos corazones  
 amaban su modestia y su gentil donaire,  
 que unguían de perfumes los átomos del aire.  
 Bajo los dedos gráciles de su impecable mano,  
 hondamente quejábese el corazón del piano;  
 y, en la oquedad sonora de su violín de plata,  
 oyóse de los silfos la flébil serenata:  
 tal fué la dulce virgen cuando acordó el Destino  
 ponerla—bajo un sauce doliente—en mi camino.

Era entonces mi espíritu un manantial exhausto,  
 más secular que el lóbrego espíritu de Fausto,  
 donde trazó sus cálculos glaciales la experiencia  
 y cayó la simiente del árbol de la Ciencia,  
 que cultivan los hombres con pérfidos afanes,  
 para que lo cosechen irónicos satanes,  
 prestos a urdir las redes de las primeras citas,  
 donde se rinden siempre las pobres Margaritas.

(Queríanme los impuros pecados capitales,  
 y odiábanme las virgenes virtudes teologales).

Había explorado todas las altas latitudes  
 del pensamiento: leído biblias y talmudes;  
 meditando en las muertas necrópolis sombrías,  
 de las leyendas magnas y las filosofías;  
 investigado ciencias y oscuras nigromancias,  
 que esconden de las cosas y seres las substancias;  
 consumido en estudios y locos devaneos,  
 nervios y sensaciones, sentidos y deseos,  
 hasta tener, enfermo de un incurable hastío,  
 encima, un cielo mudo, quimérico y vacío,  
 y en mi conciencia, a rumbos ignotos impelida,  
 horror por la Natura y espanto por la Vida.

Pero ella puso en mi alma el candor primitivo  
 de las revelaciones celestes. Un olivo  
 plantó entre las arcillas estériles de mi era:  
 una vid y una espiga, un laurel y una higuera.

Agua ofreció a mis labios, marchitos y sedientos;  
 vertió sobre mis llagas milagrosos unguentos;  
 y ahuyentó de mi paso, con dulces oraciones,  
 todos los cancerberos y todos los dragones.

(Mas tú, Señor, dijiste al ángel de su guarda:  
 vé por ella a la tierra; hace tiempo que tarda).

El ángel bajó al punto del luminoso cielo,  
 a través de los éteres pristinos. Plegó el vuelo

junto al fúnebre tálamo de la estancia sombría,  
 y, al ver su exangüe cuerpo, su angustiosa agonía,  
 lloró—con sus dos alas—cubriendo su cabeza—...

Era un himno grandioso la gran Naturaleza!  
 Llenaba los azules, límpidos y jocundos,  
 la música solemne de los enormes mundos,  
 rodando eternamente. Los atrevidos montes  
 empinábanse sobre los vastos horizontes.

Del fondo de los mares,—dorados por el día  
 naciente—de las aguas el diálogo subía.  
 Los bosques derramaban, mecidos por los vientos,  
 el rumor de una orquesta de acordes instrumentos:  
 todo era himnos y júbilos, batir de olas y de alas,  
 derroche de esplendores, de pompas y de galas,  
 de voces y de trinos, de besos y murmullos,  
 en piélagos y gotas, en selvas y capullos,  
 como si su cadáver, del más puro alabastro,  
 tendido no estuviera. ¿Por qué no murió un astro?

Señor: nunca discuto tu voluntad, porque eres  
 Padre y dueño de cosas, espíritus y seres:  
 desde el funesto rayo que en las nubes se fragua,  
 hasta las pululantes infusorias del agua;  
 desde los leviathanes de máximas aletas,  
 hasta los gigantescos y lúgubres cometas;  
 desde el numen osado que explora lo absoluto,  
 hasta el instinto vago que germina en el bruto.

Por eso—al ser herido de aquel dolor supremo—  
 no apacenté, insensato, las iras del blasfemo,  
 sino que—de mi dicha mirando los escombros—  
 cargué con ellos sobre mis fatigados hombros,  
 pidiendo, por su triste recuerdo enloquecido,  
 a cada vaso un poco de bienhechor olvido;  
 consuelo, en las lecturas con llanto y sangre escritas  
 y sueño en el consumo de pócimas malditas.

De noche, cuando el ábside del cielo se  
 [entenebre,  
 mis ojos, encendidos por una lenta fiebre,  
 a través de un enjambre lumínico de estrellas,  
 siguieron por las nébulas el rumbo de sus huellas,  
 cual, en los copos sueltos de una viajera nube,  
 el vuelo se presiente de un errante querube,  
 que escruta—entre sus torres, murallas y ver-  
 [geles—  
 la vida de las viejas Sodomias y Babels.

¿En dónde se detuvo cuando dejó el planeta,  
 en éxodo sublime a la celeste meta?  
 ¿En qué mundo de dicha o en qué luna de duelo,  
 plegó, por un instante, el fugitivo vuelo,  
 cruzando la vorágine de las inmensidades,  
 meciéndose a los soplos de las eternidades,  
 vestida con su túnica de luctuosos crespones,  
 recamada del polvo de las constelaciones,  
 trazando centellantes y rápidos circuitos,  
 sobre el haz de los vastos y mudos infinitos,  
 mientras la horrible tierra confusamente huía,  
 en el lúgubre vértigo de la noche sombría?

Cuando llegar la vieron los celestiales coros,  
 los angeles chocaron sus escudos sonoros.  
 El escuadrón de rubios y ardientes serafines,  
 tocó una alegre diana en sus luengos clarines.

Fue a su encuentro la tropa de las dominaciones,  
con espadas de fuego y auríferos pendones.  
Ahora vive en el reino de la inmutable calma;  
en su derecha luce la milagrosa palma  
de los martirilogios. Fulgura eternamente  
una estrella bendita sobre su casta frente;  
y apoya, en una nube de polvo diamantino,  
su planta, en el extático ejército divino.

Señor! Señor! ¿Acaso la miraré algún día,  
en el triunfo de alguna celeste epifanía?  
¿Iré, purificado, a postrarme de hinojos,  
ante el amor mirífico que emana de sus ojos,  
y juntos giraremos, unánimes como alas,  
en órbitas de espíritus, de escalas en escalas,  
hasta ser absorbidos en la divina hoguera  
del Espíritu Santo?

Ansiosamente espera  
mi corazón, que llegue ese glorioso instante  
en el eterno círculo del inmortal cuadrante!

JUAN RAMÓN MOLINA

## UNA DUDA



Lector: quiero que me expliques  
y perdone su *mercé*,  
(si no es pedir demasiado),  
¿es este don Carlos Viquez,  
Monsieur Adrián Collado  
o Monsieur Peyroulé?

## Historia anecdótica

Mark Twain, en cierta ocasión, apostó con un amigo a que la inmensa mayoría de los hombres mienten por cinco pesos.

Para probar la veracidad de su afirmación se dirigió a un transeunte y le preguntó:

—¿Al señor no se le habrá caído, por casualidad, un billete de cinco pesos?

El señor, después de registrarse los bolsillos, responde con aplomo:

—En efecto, noto la desaparición de un billete de cinco pesos.

—Pues entonces, deme su nombre y dirección.

—¿Para qué?

—Porque—respondió Twain—estoy haciendo una estadística del dinero que se pierde por la calle

Parece imposible que se pierda tanto.

De treinta y cinco personas a quienes he preguntado lo que a usted; treinta y tres han perdido los cinco pesos.

## Mi alma

Anoche vino a mí de terciopelo:  
Sangraba fuego de su herida abierta.  
Era su triste palidez de muerta  
Y sus náufragos ojos sin consuelo.

Sobre su triste frente descubierta  
Languidecía un pálido asfodelo;  
Un perro ahullaba en la amplitud del hielo  
Al doble cuerno de una luna incierta.

Yacía un índice en su labio fijo,  
Como por gracia de hechicero encanto  
Hasta que al fin, movido por su llanto,

¿Quién eres tú?—le pregunté—y me dijo:  
¡Ya ni siquiera me conoces, hijo!  
¡Si soy tu alma, que ha sufrido tanto!

JULIO HERRERA REISSIG



Un medio muy poderoso para llegar a la felicidad es el de tender al rededor de sí, sin regla ninguna, pero de todos lados, una especie de tela de araña muy grande, tela de verdadero amor, en la cual queden prendidos cuantos pasen por allí, ya sea una viejecita, un poderoso o cualquier infeliz, aunque sea nuestro enemigo.

## Página femenina



«Ya no hay solteronas», es decir, ya no debiera haberlas; ya no debieran existir esas pobres mujeres que se sienten ridículas porque pasan de los treinta y cinco, y no se han podido casar. ¿Acaso están casados todos los hombres de esa edad? Bien pueden lamentarlo por motivos sentimentales, como puede lamentarlo el hombre que, por la misma índole de motivos, no haya realizado su amor; pero si han sabido crearse, como él, una actividad útil y consciente, habrán como él substituído las ilusiones de amor que hayan fracasado con las ambiciones más nobles del trabajo y del éxito. Y si están realizando algo que les interese muchísimo, no se acordarán de suspirar con desolación el día en que, al mirarse al espejo, se encuentren en las sienes el primer mechoncillo de canas. Pasarán como el hombre, que canas y arrugas son las honrosas cicatrices de la batalla de la vida, y no se les ocurrirá la idea insensata de que nadie puede desdeñarlas por ellas. Con eso, abstraídas en el interés de su vida propia, no les tendrán rencor a las que se casaron, ni envidia a las chiquillas que aun se pueden casar. El matrimonio es—cuando es verdadero matrimonio—una de las formas altas de la felicidad, tanto masculina como femenina; pero no es la única.

Ya no debe haber suegras atrabiliarias, tormento de nueras y desesperación de yernos. Es muy natural que una mujer que renuncia a toda ilusión de vida propia, a los

cuarenta años, en plena fuerza y en salud perfecta, se consuma de tedio y le tenga rencor a la vida. Mientras el marido trabaja y recoge la cosecha mejor de su edad madura, ella, olvidada ya por el amor, termina la crianza de los hijos, se encuentra con veinte y acaso más años de interminable aburrimiento. ¿Qué ha de hacer la infeliz sino estorbar y atormentar, a los que están viviendo activamente? No hay pena como la de sentirse inútil y sobrante. La mujer que a los cuarenta no ha sustituído con una actividad desinteresada, y, en cierto modo, «social», las actividades personales de esposa y de madre, que le llevaron la juventud, será un ser desdichado que se atormenta a sí misma y desespera a los demás.

Pero si para el último tercio de la vida ha sabido guardar trabajo preparado, cientos de nuevos intereses le ofrecerán las mieles de una juventud nueva: después de la del cuerpo y la del corazón vendrá la hora plena de su inteligencia.

No pretendáis reír siempre y enamorar por los siglos de los siglos. No creáis a los hombres cuando os digan—en verso o en prosa—que vuestra única gracia está en ser el pájaro alegre que les distraiga a ellos la vida, con risa sin sentido y coqueterías sin fundamento. Vuestra misión es un poco más alta; vuestra vocación, un poco más austera. Tan alta y tan austera como la del hombre.

El porvenir de la humanidad está—está mitad por mitad—en vuestras manos y en las nuestras. Tenéis que vivir lo mismo que nosotros: riendo cuando venga bien, sufriendo—lo menos posible—cuando sea necesario, y para vivir es preciso que, desde muy temprano, os déis cuenta de vuestra responsabilidad y os preparéis a afrontarla valerosamente. Pensad que en el verano tenéis que dar sombra a vuestros hogares, y en el otoño, fruto al mundo entero, y hacer de vuestra juventud, no un estado, sino una promesa de vida completa. Porque si vuestra juventud no es más que eso, juventud; si no da de sí más que el florecimiento pasajero de una cara bonita, es sencillamente el fracaso del fin para que habéis venido al mundo. Y el esfuerzo—por otra parte inútil y embustero—que hagáis por conservar su apariencia, será la confesión de vuestra culpa y la afirmación,

ante vosotras mismas y ante el mundo, de vuestra deplorable inutilidad.

G. MARTINEZ SIERRA

## LAS MODAS



Desde hace unas cuantas horas (oh modas siempre temidas) les ha dado a las señoras por ir casi desvestidas.

El traje es ya tan cortito aun en los hombres, lector, que hoy es de la moda el grito: ¡Viva la ropa interior!

Dios es la inteligencia infinita, y el alma una chispa de esa inteligencia, encarnada en la naturaleza.

ANÓNIMO



## CRÓNICAS FIEGRES

### FÍESE USTED EN LAS CRIADAS

*Drama en un acto... para lectores que están de prisa*

Don Amaranto es informado repentinamente, por su criado Eustaquio, de que hay una visita en casa.

Don Amaranto cree, naturalmente, que la visita es de mucha importancia.

Y cuando advierte que se trata de darle colocación a una sirvienta, en vez de extremarse, sonríe, sonríe y fija su tierna mirada en ella...

Como el género humano, exceptuando a las hembras, tiene tantas debilidades, don Amaranto se enamora de Naciensena instantáneamente. Naciensena es el nombre de la chica, por si no lo sabían los lectores.

Dirigióle un piropo don Amaranto a la ya dueña de sus pensamientos y ella no pudo menos de ruborizarse.

El rubor es cosa muy natural.... a los veinte años.

Hasta aquí la cosa marchaba a las mil maravillas. Pero a don Amaranto se le.... encendieron de repente las eróticas pasiones y, como la humanidad así es, trató de tomarse por asalto a Verdum....

Y a don Amaranto le pasa las de muchos generales: esto es, que quien menos se lo esperaba, le hizo ver todas las estrellas del firmamento en menos de lo que canta un gallo.

Y eran fuertes los puños de Naciensena.

El criado, Eustaquio, se presenta de súbito, y al observar en la cara de su amo los estragos que ha causado tan gran derrota, exclama, pariodando a Francisco I en la batalla de Pavía:

¡Todo se ha perdido menos el pañuelo!

FÓSFORO

Lea EOS

# Altas letras

## Un símbolo

Contados son los libros donde no se emplea la alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas. No hay medio de escapar de tan manoseado tópico, porque las ideas que nos vienen al espíritu cuando vemos una nave flotante sobre las aguas, son las que más claramente revelan nuestra concepción universal y armónica de la vida. Yo vivo en una casa rodeada de árboles, junto al mar. A veces veo en el lejano horizonte la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajes espirituales; después comienzo a distinguir el velamen y la arboladura; luego el casco y algo confuso que se mueve: más cerca, las maniobras de los tripulantes; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas; las cuales comienzan por un destello divino, que conforme toma cuerpo en la realidad va perdiendo su originaria pureza hasta hundirse y encenegarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones. Por un instante que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha entre las espumas del pensamiento, cuánta angustia después para hacer sensible esa idea en algunas de las menguadas y raquíticas formas de que nuestro escaso poder dispone; ¡cuánta tristeza al verla convertida en algo material, manchada por la impureza inseparable de lo material!

Si esto puede decirse de todas las ideas, aplíquese con más rigor que a las demás a la idea de justicia; nada existe que parezca venir de tan alto y nada existe que descienda tan bajo; nada hay que se presente más simple y más impuro, ni más humano.

ÁNGEL GANIVET

## Ocio noble

Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamarnos, en reali-

dad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del ocio, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad de pensamiento, emancipado de todo noble yugo.

El ocio noble era la invasión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior a la actividad económica, vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo, su concepción de la dignidad de trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será importuno insistir.

La escuela estoica que iluminó el ocaso de la antigüedad, como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aún en la hermosa figura de Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba con encallecida mano sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

## Pájaros perdidos

1.—¿No ves cómo nosotras, las hojas rumorosas, sabemos responder a la tormenta? ¿Quién eres tú, dí, tan callada?

—Yo no soy más que una flor.

2.—La vida se nos da, y la merecemos dándola.

3.—No temáis nunca al instante, dice la voz de lo eterno.

4.—Cada niño que viene al mundo nos dice: Dios aún espera del hombre.

5.—El bienhechor llama a la puerta, pero el que ama la encuentra de par en par.

6.—Fruto. ¿Estás muy lejos de mí?—Estoy en tu corazón, flor.

7.—Lo que termina agotándose, no es más que muerte; el finalizar perfecto en lo infinito.

8.—El silencio lleva en sí tu voz, como el nido la música de sus pájaros dormidos.

9.—¿Qué es esto que así me aprieta el pecho? ¿Mi alma quiere salir a lo infinito, o el alma del mundo quiere entrar en mi corazón?

10.—Soy como un camino, por la noche, que escucha, en silencio, los pasos de sus recuerdos.

11.—La alabanza me avergüenza, porque la mendigo en secreto.

12.—No digas «La mañana», y la dejes pasar con nombre de ayer. Mírala y llámala cada día, por primera, como un niño recién nacido, aún sin nombre.

13.—Busca tu belleza, corazón mío, en el movimiento del mundo, como la barca, que coge su gracia del viento y del agua.

14.—Vivimos en el mundo cuando le amamos.

15.—Apaga, si quieres, tu lámpara; yo conoceré tu obscuridad, y la amaré.

16.—Sueño en la isla de luz de una estrella, donde yo naceré un día; y en lo profundo de su ocio de vida, mi vida madurará su obra, como maduran los campos de arroz con el sol del otoño.

17.—Un día hemos de saber que la muerte no podrá robarnos nada de lo que nuestra alma ganó, porque el tesoro del alma es también suyo.

RABINDRANATH TAGORE



### La roca Tarpeya

Yendo a reconocer la roca Tarpeya, entré por una puertecilla vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro fué quien me la abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fué precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino.... ¿Esta es

Roma? decía dentro de mí mismo; ese montón de ruinas que allá aparece, entre los cuales está ladrando lúgubrememente un perro, fué la ciudad que dió Escipiones y Pompeyos? Y esa triste montañuela que da mezquino pasto a cuatro esqueletados búfalos, llamábase Aventino, y vió en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley a los Quintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros, hacinados aquí y allí formaron tal vez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacudiendo su ensangrentada clámide: por esa vereda espinosa, quizá la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la sangre del tirano a buscar a Roma en donde no hallasen servidumbre.

JUAN MONTALVO

### Los Grandes Pensadores

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación del capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo.

Arriba, entronizados y venerados el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor los laboriosos y los útiles: es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adoptado mejor, agujoneadas por la diosa necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De ahí la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana.

¿El remedio? La tierra para todos, las energías para todos; hé ahí la hermosa divisa de la Sociedad del porvenir. Urge, pues, según el doctor Lluria declara, reintegrar al hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad...

DR. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL



¿Qué hacía Dios antes de la creación? ¿Dormía? ¿Velaba? Si dormía de toda eternidad, estaba muerto; si velaba, le faltaba algo a su felicidad; si tenía necesidad de algo, no era Dios; si no le faltaba nada, ¿para qué crear el mundo? — PLATÓN.

# Notas de la semana

## A UNA MUERTA

Publicamos en esta edición el poema lírico titulado «A una muerta», original de Juan Ramón Molina, y conceptuada por los maestros del buen decir, como la más bella elegía escrita en verso castellano.

Hace pocos meses se verificó el traslado de los restos del poeta del cementerio de San Salvador al de Tegucigalpa, y esa repatriación tuvo todos los caracteres de una apoteosis.

Hé aquí algunos ligeros datos biográficos:

Nació en Comayagüela, Honduras. Fué hijo de don Federico Molinay y de doña Juana de Molina. A los 14 años se trasladó a Guatemala, en donde se graduó en Ciencias y Letras y empezó el estudio del Derecho.

En Honduras desempeñó puestos públicos, y entre otros el de Subsecretario de Fomento.

Fué director del «Diario de Honduras», de «El Cronista», de «Esfinge» y redactor de «Revista Nueva» de Tegucigalpa.

Sus trabajos literarios, de indiscutible mérito, han sido acogidos con aplauso por las más importantes publicaciones hispano-americanas.

En 1906 figuró, como Secretario de la Delegación hondureña, en la tercera Conferencia Panamericana celebrada en Río de Janeiro.

## RABINDRANATH TAGORE, CONSPIRADOR

Ahora que los procesos públicos están despertando en el mundo un inmenso interés tanto por la calidad de los personajes que aparecen complicados en él, como por la forma novelesca en que se han desarrollado sus antecedentes, otros asuntos de carácter sensacional vienen a distraer la atención pública: el laureado poeta indio Rabindranath Tagore ha sido preso por aparecer complicado en un vasto complot que se fraguó por indios, alemanes y japoneses para independizar a la India de la soberanía británica.

Publicamos en esta edición algunos pensamientos famosos del libro «Páginas perdidas», en los que se adivina la profundidad mística de su filosofía panteísta.

## «LECTURAS» SIGUE SEMANAL

Para publicar esta revista hemos tropezado con los obstáculos que es preciso vencer en toda tarea que se emprende.

Dijimos en el editorial del primer número que LECTURAS saldría quincenalmente, y sin previo aviso lo hemos convertido en semanario.

Esta mejora deberán abonarla a favor suyo nuestros lectores; es el resultado de un esfuerzo más del Director y Editores para corresponder al favor que a nuestro periódico se le ha dispensado.

## LA REVISTA «EOS»

Muy interesante viene el último número 85-87 de la revista «Eos» que dirige don Elías Jiménez Rojas. Trae dos sesudos artículos de Eremita, que habrán de producir gran revuelo porque en

ellos se analizan problemas económicos de palpitante actualidad, así como escogidas selecciones y notas varias de la intencionada pluma del señor Director.

## MURIÓ FRANCIS JAMMES

En Europa ha muerto el poeta Francis Jammes, espíritu sutil que siempre puso exquisita ternura y sencillez en sus versos.

La obra de este notable lírico había merecido la consagración de la Academia Francesa.

## DE VIAJE

Paul Fort, el príncipe de los poetas franceses ha partido a la guerra. Hace poco su obra como la de Francisco Jammes recibió la consagración de la Academia. Hé aquí una linda balada de Paul Fort:

—Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada.—A enterrar la llevaron hoy en la madrugada,—y la dejaron sola, sola y abandonada.—En el féretro-rosa la dejaron cerrada.—Gozosos regresaron a la nueva alborada,—y uno a uno cantaron alegres melodías:—«Esta muchacha ha muerto,—ha muerto enamorada...»—Y se fueron al campo como todos los días.

Al partir a la guerra Paul Fort sería posible rogar con el verso hermosísimo de Hugo de Hofmannsthal.

Señor, ten piedad de la belleza en él...

## UN AVISO

La importante casa W. R. GRACE & Co., ofrecen sus servicios como Agentes Importadores y Exportadores para los siguientes puntos: San Francisco, Nueva York, New Orleans, Londres, Liverpool y Manchester.

La Agencia General en San José de Costa Rica, está situada en el Pasaje Central.

La dirección a cargo de Mr. Charles G. Herdenan.

## INGENUIDAD INFANTIL

Juanito ha cogido del huerto del vecino varias manzanas.

Su madre le da una azotaina, y después lo encierra en el cuarto oscuro.

Poco después entra y ve a Juanito llorando en un rincón.

—Vamos, menos mal. Sientes remordimientos, ¿no es así?

—Sí, mamá; sobre todo en el vientre.

